

28 DE ABRIL- 31 DE MAYO
2021

GRITO (G)RITO GRICE)TA



3.789 CASOS DE VIOLENCIA POR PARTE DE
LA FUERZA PÚBLICA QUE NO INTEGRAN LOS
CASOS DE DESAPARICIONES

1248 CASOS DE VIOLENCIA FÍSICA, 45 HOMICIDIOS

1649 DETENCIONES ARBITRARIAS, 705 INTERVENCIONES VIOLENTAS
POR PARTE DE LA FUERZA PÚBLICA EN LAS PROTESTAS PACÍFICAS

65 CASOS DE AGRESIONES OCULARES, 180 CASOS DE DISPAROS DE ARMA DE FUEGO

25 VÍCTIMAS DE VIOLENCIA SEXUAL, 6 VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

75 PERSONAS VÍCTIMAS DE VIOLENCIA HOMICIDA, SOBRETUDO EN LA CIUDAD DE CALI

Grito . (G)rito, Gri(e)ta:
arañando la vida desde el estremecimiento
Por Natalia Orozco Lucena (Colombia)

A las juventudes que nos levantan...

1. Grito¹

La muerte hace presencia cada vez que mi mano se fuerza a escribir. Y esta frase ya contiene más de dos vías de resonancia². La real y la simbólica.

Escribo en medio de la violencia sistemática por parte del Estado Colombiano ejercida contra las juventudes que han sostenido las movilizaciones y el grito social re-iniciado el 28 de abril de 2021³. Escribo desde el grito y el clamor sin contención en contra de las históricas y múltiples violencias ejercidas por las castas coloniales que siguen gobernando, y que se han perpetuado desde la colonia a partir de introducir en la configuración social de este país, la idea de que el Estado debe ser liderado en función de un status social clasista, racista y patriarcal. El reciente

¹ La imagen que antecede al texto es creada y realizada por Sebastián Ramírez Monsalve para el presente esc-rito.

² “La existencia del espacio vacío hace posible la resonancia, en virtud de la cual los significantes se mueven, se desplazan. De allí que la razón (raison) del inconsciente sea, si retomamos la palabra del poeta francés Francis Ponge, la resonancia (r.é.s.o.n); en español, quizá podríamos aproximarnos a nombrar este condensando fundamente diciendo que la razón del inconsciente es su resonancia”. Belén del Rocío Moreno Cardozo en “Voz, inconsciente y función poética”. Texto inédito.

³ Las movilizaciones sociales en Colombia, lideradas por las juventudes y apoyadas por una porción muy grande del país inician el 21 de noviembre de 2019 (21N) quedando silenciadas por la pandemia durante el primer semestre del 2020, pero con los corazones enardecidos por la muerte de Dylan Cruz y los excesos de violencia de la fuerza pública ante las manifestaciones sociales en las calles de Bogotá. El 9 de septiembre, luego del asesinato de Javier Ordóñez, joven abogado quien fallece luego de recibir múltiples descargas eléctricas y golpes por parte de miembros de la policía distrital de Bogotá, las ciudadanías salen a las calles a protestar y movilizarse en contra de la violencia sistemática del estado recibiendo por parte del gobierno central y distrital una ola de represión horrorosa que acaba con la vida de 13 personas y 58 personas resultaron heridas con armas de fuego. El 28 de abril re-inicia el estallido social, movilizado inicialmente en contra de la propuesta presentada por el gobierno nacional al congreso sobre la reforma tributaria. Hoy casi dos meses después, el grito continua clamando por la dignidad y el respeto por la vida. Y son las juventudes las que lideran la resistencia y el clamor en un país que tiene a sus costas setenta años de guerra civil negada y oculta bajo el manto de presentación de ser Colombia unas de las democracias más estables de América Latina.

informe enviado por las organizaciones Temblores, Indepaz y Pais a la CIDH sobre la violencia sistemática y el uso desproporcionado de la fuerza pública contra la sociedad civil en Colombia, recoge los acontecimientos desarrollados en el marco de las protestas entre el 28 de abril y 31 de mayo de 2021 a través de todo un ejercicio de recibo, triangulación, verificación, sistematización y registro de las denuncias realizadas por parte de la sociedad civil. En dicho informe se registra hasta la fecha del 31 de mayo de 2021, 3.789 casos de violencia por parte de la fuerza pública que no integran los casos de desapariciones. Entre estos casos se han reportado 1248 casos de violencia física, 45 homicidios, 1649 detenciones arbitrarias, 705 intervenciones violentas por parte de la fuerza pública en las protestas pacíficas, 65 casos de agresiones oculares, 180 casos de disparos de arma de fuego, 25 víctimas de violencia sexual y 6 víctimas de la violencia de género. Así mismo, la plataforma Indepaz ha registrado al 24 de junio de 2021, luego de casi dos meses de protestas, 75 personas víctimas de violencia homicida, sobretudo en la Ciudad de Cali, en donde las juventudes han sostenido la protesta en medio de una situación atravesada por las fuerzas violentas de la fuerza pública, el paramilitarismo y las mafias que hacen control social en diferentes sectores de la ciudad. A través del informe mencionado se pone en evidencia la degradación de la fuerza pública que viola, no solo por omisión sino de manera premeditada, una multitud de derechos humanos, empezando por el derecho a la protesta, a la re-unión⁴. Como lo ha mencionado Boaventura de Sousa Santos, “a partir del 01 de mayo, las redes sociales y las calles colombianas han visto el horror de un despliegue militar típico de un estado de excepción dictatorial con la policía disparando en contra de manifestantes pacíficos y desarmados. Esta ha sido quizás la respuesta más violentamente represiva en tiempos de pandemia a nivel mundial” (Santos, 2021).

Escribo en un país como Colombia en el que por setenta años, la guerra ha tocado de manera discriminada a una parte de la población y no a otra, a unos territorios y no a otros; y allí se ha zanjado la brecha escabrosa de la indiferencia, en la que los gritos retumban en cada rincón de esta geografía pero pasan inadvertidos para esas castas que han blindado hasta sus corazones para no soltar el poder del Estado. Allí en esa brecha escabrosa también queda detenida la muerte

⁴ Véase aquí el informe en mención: https://4ed5c6d6-a3c0-4a68-8191-92ab5d1ca365.filesusr.com/ugd/7bbd97_691330ba1e714daea53990b35ab351df.pdf

de los cuerpos desaparecidos y de aquellos sin nombre. Las madres de los falsos positivos, las mujeres casi siempre, han tenido que asumir la doble muerte, la que les arrebató a un ser amado y aquella otra que no les permite llorarlos. Las desapariciones forzadas han sido una táctica de muerte que no solo acaba con la vida de una persona, sino con la posibilidad de despedirla, de dolerla, de hacerla vivir en la memoria de los que sigue vivos. Una historia de Colombia escrita bajo la estructura colonial dominación/subalternidad, ha promovido la cultura del monocultivo del progreso y la racionalidad hegemónica del capitalismo y con ello, se ha ido escribiendo con las formas de producción de la no existencia a donde van a parar los cuerpos que no importan para exclavisarlos, violentarlos, despreciarlos, desaparecerlos, negarlos, olvidarlos y borrarlos. Pero la fuerza del grito colectivo macondiano de 100 años de soledad sigue sosteniéndose en cada amnesia organizada por el poder colonial, en cada recuerdo-pantalla para avivar la memoria donde sobreviven las imágenes, se entrelazan las temporalidades y se confronta lo vivido⁵:

Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
1958-2018, zona de influencia de Hidroituango
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
16 - 22 de febrero del 2000, El Salado, Bolívar, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
22 de octubre de 1997, El Aro, Antioquia, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
15-20 de julio 1997, Mapiripán, Meta, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
22 de octubre de 2002, Bojayá, Chocó, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
1986-1994, Trujillo, Cauca, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
10 de enero de 2021, Solano, Caquetá, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
10 de enero de 2021, Betania, Antioquia, Colombia
12 de enero de 2021, Cali, Valle del Cauca, Colombia
17 de enero de 2021, Popayán, Cauca, Colombia
18 de enero de 2021, Tarazá, Antioquia, Colombia
24 de enero de 2021, Buga, Valle del Cauca, Colombia
2 de febrero de 2021, Roberto Payán, Cauca, Colombia

⁵ “La historia resultaría de una ordenación razonada de los restos, ya limpios de tierra y convertidos en documentos o monumentos, exhibidos en vitrinas o concertados en cámaras que previene el deterioro del material. En ese trabajo por preservar el pasado en forma de recuerdos incorruptibles, la historia se aleja de la tierra, *pierde la memoria*”. (Sánchez, 2017, p.209)

4 de febrero de 2021, Argelia, Cauca, Colombia
6 de febrero de 2021, Inzá, Cauca, Colombia
17 de febrero de 2021, Andes, Antioquia, Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
6402 falsos positivos entre 2002 y 2008
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!
Enero de 2021... cada 41 horas asesinan a un líder social en Colombia
Acuérdate siempre que eran 3000 y los echaron al mar!!!

...

Es necesario dejar de escribir LA historia para acabar con los señuelos que se imponen ante la verdad y allí, dejar hablar a la memoria de los cuerpos atravesados por el desprecio y el olvido. Como dice Martha Dueñas en su texto *Cuando el cuerpo desaparece*, “la desaparición se ejerce sobre el cuerpo para ausentarlo del cuerpo social como de la memoria” (Dueñas, 2012, p 65). Los relatos de lo cuerpos en Colombia son tan múltiples como sus existencias; no obstante y siguiendo a Dueñas, nuestro cuerpo está dividido entre una mezcla de dolor, miedo, incertidumbre y un deseo de cambio y esperanza; y, agregaría, y de una dosis fuerte de digna rabia que no puede tolerar más el imaginario de una vida escindida de mañana para todxs. Allí, la labor de La Comisión de la Verdad como un mecanismo temporal de esclarecimiento de lo ocurrido en el marco del conflicto armado en Colombia, es fundamental para habilitar el derecho a la memoria, para atacar la amnesia organizada por las castas que niegan el conflicto; y con ello, habilitar un escenario de reconocimiento de las múltiples voces silenciadas, de los múltiples cuerpos vulnerados, de las múltiples personas, comunidades, sujetos de derechos violentados y a la espera de su reparación y del *dar la palabra* por parte de todxs para prometer(nos) el pacto de la no repetición y el olvido.

Escribo entonces para nombrar, para ejercer resistencia ante el olvido y hacer un lugar en el cual los cuerpos muertos desposeídos de su nombre, los llamados NN encontrados en los causes de los ríos y las profundidades montañosas de esta geografía ensangrentada se sigan nombrando a pesar de la imposibilidad de su identificación. 6402 ... es una cifra que marcará nuestra memoria de aquí en adelante. 6402 ejecuciones extrajudiciales por parte de la Fuerza Pública para ser presentadas como bajas en combate por el Estado Colombiano, con el perverso propósito de enaltecer la política de seguridad democrática desarrollada entre los años 2002 y 2008. Y hoy, más de 900 líderes sociales asesinados luego de la firma del proceso de paz en el año 2016, nos

hacen saber que el camino para una sociedad reparada y reconciliada con la vida quizás no sea algo que mi generación, ni las jóvenes generaciones que hoy le ponen el pecho y la vida al recrudecimiento de la violencia estatal, podamos llegar a vivir en vida. Y entonces se escribe, escribo, eso se escribe ¿quién escribe? ... Quizás no para sanar el presente, sino para marcarlo en alguna parte, para que no se borre, para no olvidar, para fabular que otrxs en otros tiempos reconocerán las marcas y evitaran la repetición.

Y sigo escribiendo... sí, en la mitad de una mitad, en un medio que no se ve muy bien si es un medio o un largo comienzo. Sigo escribiendo entre pandemia, ahora, en el pico mas alto del contagio y la mortalidad en Colombia. En el mes de junio de 2021, Colombia ha llegado a un promedio de 600 muertes diarias siendo el tercer país en mortalidad luego de India y Brasil. Para la fecha, con solo el 10% de la población vacunada (dosis completa), con una ocupación superior al 95% de los centros médicos de atención para Covid 19, y una comunidad medica agotada y extenuada en el ejercicio sin descanso de atención a la urgencia y emergencia constante de los cuerpos moribundos por el virus. Para la fecha un ser amado se debate entre la vida y la muerte y mi vela no deja de encenderse... En este panorama, la población en situación de pobreza que actualmente llega al 42% es la mas proclive al contagio y a la mortalidad del virus debido a las condiciones de precarización que hacen poco probable una atención a tiempo y completa. El mandato del distanciamiento sigue siendo violento al no garantizar los mínimos vitales para la población vulnerable del país, carente de condiciones básicas como techo, comida, salud, conexión y derecho al trabajo. Nuevamente son los cuerpos subalternizados los que son violentados; esta vez no por el bolillo, los gases y las armas del policiamiento estatal sino por la ausencia de medidas sociales, por el desmantelamiento de un Estado de bienestar que cuide y se sienta responsable ante una situación global y local de salud pública. Y nuevamente la muerte doble acecha la vida. Los protocolos de bioseguridad hacen imposible la despedida. El ritual de cierre queda suspendido. Al respecto Rita Segato decía en pleno inicio de la pandemia que “los rituales no son verbales, son físicos, dotados de materialidad. Toda la fisicalidad de la existencia se está mostrando ahora por su falta, su ausencia. Sentimos una gran carencia de esa materialidad que permanece sin inscripción, sin registro” (Serrato, 2020, La Nación). Esta ausencia está imponiendo nuevos dolores en la sociedad; la ansiedad, la depresión y los duelos suspendidos

han despotencializado la fuerza vital, la lucha por la persistencia que todo ser vivo le infringe a cada minuto de su existencia.

Escribo porque ahora no es posible bailar y la fuerza del decir debe buscar canales por donde dejar circular el estremecimiento del cuerpo, de nuestros cuerpos. Hace dos años, un colega de la danza, Lobadys Pérez, se preguntaba ¿si era posible para nosotrxs, colombianxs, salir de una dramaturgia de la violencia en Colombia? ¿Si las artes escénicas podían y tenían fuerza para señalar otra cosa que no fuese la violencia? Toda mi vida he vivido en este país y aunque he tenido el privilegio de no ser atravesada por la violencia de la guerra de forma directa, mi cuerpo se ha construido con los ecos del reclamo por el derecho a la vida y a la digna que no descansa desde hace más de setenta años. Así como el escritor, periodista y sociólogo colombiano Alfredo Molano, menciona en su libro “Desterrados” que “en Colombia casi todo campesino puede decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas”, así mismo, puede decirse que todo gesto artístico en Colombia y con ello todo cuerpo fabulador está atravesado por la historia incesante de la violencia, la muerte, la desaparición, el desplazamiento, el desalojo, la ausencia de reposo. *Campo Muerto*, es quizás una de las obras de danza contemporánea colombianas (2008) que con mayor proximidad ha presentado el estado de los cuerpos que nunca encuentran descanso, que siempre están corriendo, huyendo de la violencia que viene del otro, riendo en la provisionalidad de la locura o de la resistencia de la vida⁶. En Colombia nuestras memorias y fabulaciones no han tenido un minuto de descanso. Todos los días de nuestras vidas, aunque no seamos tocads directamente, la violencia se marca, se escribe en nuestros cuerpos y allí aloja desesperanza, dolor pero así también digna rabia, esa que activa los hilos de memorias ancestrales que insisten por la configuración de un mañana distinto. Sin embargo, escribo sin hilos para sostenerme con optimismo al ser testigo de la degradación estatal y cultural en la que ahora mismo el levantamiento de la voz, del explícito derecho a la protesta, continua criminalizándose, castigándose, castrándose, silenciándose, y anulándose. Pues como lo trae bellamente Didi Huberman en su texto “El gesto fantasma”, Freud ya escribía que incluso “quien se libra de la

⁶Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=aXCqAM_wFfI.

miseria de la guerra termina encontrándose, casi fatalmente, en un estado de miseria anímica, sumergido en la sombra, es decir: sumergido por los fantasmas” (Didi Huberman, 2008, p. 287).

Escribo y la muerte me acompaña también como la vivencia de toda escritura. Sin ella no es posible escribir. La palabra ejerce la muerte en el cuerpo desde el momento en que nos inscribimos en el mundo simbólico que hace posible el vínculo social. La cadaverización de nuestro cuerpo dada por el lenguaje es a su vez la condición para inscribirnos en el mundo social. Nuestro grito, nuestra primera intervención nerviosa en la cual nuestros pulmones se llenan de aire para salir al mundo es un grito asistido por la interpretación del otro. Sin ella no nos inscribimos al contrato social. Y sin la asistencia del otro, luego de ese grito, morimos. Somos seres vivos que hemos nacido con la marca de la prematuración y por lo tanto, nuestra primera marca humana no es la autosuficiencia adultocéntrica sino la interdependencia. La inscripción de la palabra en nuestro cuerpo nos estremece pues nuestro grito es abatido por los efectos de una especie de calcificación que nos introduce en la demanda del que habla. Pero sin este abatimiento no ingresamos al mundo del vínculo. La psicoanalista Colette Soler llamará a esta especie de calcificación, una corporificación pues en el momento en que somos admitidos por el habitáculo del lenguaje, ganamos algo del orden del tiempo, de la perennidad, de la durabilidad generada por los efectos del significante. Esta corporificación nos permite fabricar, el sostén de nuestro relato, de nuestra historia (toda historia es una fabricación). Pero en el mismo momento de ganar historia perdemos el rasgo más salvaje de lo viviente: la huella, el rastro, el trazo del viviente. Por ello cada relato está cargado de misterio; en cada relato hay algo que no termina de contarse. Y así también, cada vez que aparece el grito, cada vez que gritamos convocamos el primer grito, la fuerza vital y mortal de primer lamento, de los tiempos latentes de lo remoto de cada nacimiento. Es por el grito capturado en lo simbólico, en el lenguaje, que el rasgo del viviente, de todos los cuerpos, singulares y colectivos, intenta escapar, fugarse de las estructuras fabricadas en la historia que ha corporificado, perpetuado el relato hegemónico del colonialismo, el patriarcado, el capitalismo, el racismo y el clasismo. Estos gritos-fugas se producen a través de las grietas que produce los gestos de la mirada, de la oreja pero diría que, sobre todo y, hoy más que nunca, los ritos del olfato que se cuecen por las rendijas de la nariz, por la potencia de un pensamiento olfativo que no puede distinguirse de la praxis, pues su

agencia es la proximidad. Y por ello, el gran reto del presente virtualizado, atravesado por la distancia pero al mismo tiempo canalizado por la teletransportación es, de la mano de Butler y Haraway, ¿Cómo configurar un cuidado que no solo sea ejercido por la fuerza de lo doméstico? ¿Cómo potenciar la intimidad entre desconocidxs, aquella que los microorganismos ejercen para la transformación que hace posible la persistencia de la vida?

Están serán preguntas que abren el camino tal vez de una siguiente escritura. Por lo pronto, quiero traer a este esc-rito atravesado por la voz⁷, la potencia del rito, de los ritos que se han instalado en las calles de Colombia durante las movilizaciones, como gestos profundos de (re)existencia.

Por el momento y en medio del grito, este esc-rito ya contiene el rito, el espacio de la latencia que la danza me ha permitido encarnar y donde la vida puede volver a insistir. La danza me hace volver al piso, tumbarme en él, arrastrarme, doblarme, abandonarme y reconocer en esta proximidad con el piso, con la tierra, las fuerzas de la vida que nos atraviesan por el acto involuntario de respirar. Por la presencia del soplo, el aliento. Hoy nuestro soplo, *el neuma*, el alma, esta abatido por el Covid, por los gases lacrimógenos, por el hambre que impide la circulación del aire en la sangre, por las energías fósiles, por el llanto que nos provoca la muerte; pero quiero soñar que el olor esta por venir, que el olfato vendrá, y volverá con más fuerza para posibilitar un pensamiento otro, husmeante, áptico, configurado en la agencia de la proximidad, del saber que se hace sabor, pues saborear y cocinar la palabra es un acto profundamente necesario en momentos en que el grito hace aparecer su negativo, el silencio⁸.

2. G(Rito)

Y entonces... escribo con las fuerzas insurrectas de los levantamientos. Previo al 28A (28 de abril de 2021) empecé a cocinar una experiencia sensible alrededor de los levantamientos desde

⁷ En el año 2012, presencié una obra de danza titulada *Esc-rito absurdo* de los bailarines creadores Vladimir Rodríguez y Omar Carrum en la cual, el tránsito de la voz al gesto me provocó la inmensa necesidad de escribir sobre el acatamiento de la voz en una tradición logocéntrica occidental que sabía del lugar disidente que tiene la voz. Ver: <https://revistas.utadeo.edu.co/index.php/RLT/article/view/320>

⁸ El desliz de una letra -del saber al sabor- puede darnos un instante profundo de felicidad...

la posibilidad que actualmente ofrece el encuentro virtual. Partiendo del acto somático de levantarse del piso, una vez nos tumbamos en él, la invitación a levantarse, convocaba la creación de un espacio sensible, de resonancia entre materias somáticas diversas como el peso y su lucha constante con la fuerza de gravedad; la atención a los proto-movimientos del cuerpo, a ese instante previo al movimiento que es activación de posibles, sin aún señalar su dirección; la vivencia temporal del acto de levantarse en la que una multiplicidad de activaciones ocurren de forma simultánea. Y entonces, la escucha del movimiento, de nuestro cuerpo se antepone a la intención de pararse automáticamente. El acto somático de levantarse posee una resonancia inevitable con los actos de levantamiento que ejerce un cuerpo colectivo. Nos levantamos porque estamos tumbados, abandonados a las fuerzas de gravedad; desde allí, con nuestra vulnerabilidad a flor de piel es que nos levantamos. No hay posibilidad de levantarnos si no nos hemos entregado a las fuerzas gravitatorias. De hecho dormir es un acto de abandono que reafirma cada noche nuestra condición de vulnerabilidad en el mundo, cada vez que nacemos para otro día. Pero por eso mismo, dormir es una condición previa para comenzar un nuevo día, pues allí, cuando estamos tumbados, abandonados a la gravedad, se activan las fuerzas embrionarias del movimiento; cuando logramos soltar las tensiones que se aferran a nuestro cuerpo, es posible trastocar los hábitos, alterar el curso de lo mismo y reconocer que las fuerzas que nos levantan (la pérdida, la caída) pueden sujetarse a nuevos apoyos, habilitando la atención profunda a lo que se va resolviendo en el mismo acto de moverse. Esta atención profunda opera como un sentipensar husmeante, ciego por la excesiva proximidad que implica la propiocepción. Atender al simple acto de levantarse es ya un ejercicio somático de resistencia frente al automatismo que impone la productividad neoliberal. Al régimen somático neoliberal le interesa mucho que nuestros pulsos, nuestra atención a los proto-movimientos permanezca en la opacidad, para nunca desactivarnos. Crear una sociedad insomne, sin descanso para que la forma de lo uno o lo binario se impongan sobre las micro-revoluciones que un cuerpo atento produce, y de esta manera, mantener la producción acrítica que solo un cuerpo atravesado por la ausencia de reposo genera. Por ello, en el régimen neoliberal no hay tiempo que perder pues es oro. Cada minuto vale. El tiempo de tumbarse en el piso, de atender somáticamente a este acontecimiento no puede ser un privilegio que solo algunos cuerpos podemos tener, pues justo allí, en la vivencia del

demorarse, del permitirse habitar otras temporalidades que solo suceden en los protomovimientos dados en esta acción, pero también en el juego, en la fiesta, en la olla comunitaria, es donde se cocina y se olfatean las fuerzas que nos levanta y se reconocen los múltiples apoyos que nos sostienen.

Esta invitación somática a levantarse con tiempo, a desplegar el tiempo en el acto de levantarse, a demorarse, procura desestabilizar el automatismo de pararse para hacer emerger la ineludible presencia de los apoyos que hacen posible la acción de levantarse. Cada día, nos levantamos por algo, por alguien, por... Y hay momentos en que este acto nos cuesta la vida; hay momentos en que las fuerzas que nos levantan se nos vienen encima y sentimos su peso en cada parte de nuestro cuerpo. Los levantamientos tienen que ver con esas fuerzas que se nos viene encima, y que de un momento a otro trastocan el orden de pasado, presente y futuro; trasponen los tiempos, los espacios, los afectos y, de repente, un 28 de abril de 2021 Colombia se levanta con un g(rito) colectivo que, no solo vocifera la caída de la reforma tributaria, la caída de la reforma a la salud, el derecho a la educación, la detención de la violencia sistemática del estado y la vulneración a los derechos humanos, la imprescindible renta básica para las más de siete millones de personas en estado de pobreza, la vergüenza ante el cinismo y la corrupción estatal. Sino que clama con un grito que ya dura dos meses el derecho a la vida, a la digna vida, al vínculo, a re-unirse en la diferencia, a reconocer el conflicto sin acabar al contrincante.

Y entonces el recorrido de derribamientos de la historia oficial por parte de la comunidad Misak para dejar hablar las múltiples memorias sepultadas, el monumento a la resistencia de Puerto Resistencia en Cali realizado por “las manos del pueblo” y, las ollas comunitarias que no solo responden con contundencia al hambre, sino que se vuelven proclama de que *conversandito* es posible movilizar la ausencia de escucha en la que actualmente nos encontramos, son levantamientos, ritos que se han desprendido de este grito por la vida en medio de un estado necropolítico.

El pasado 7 de mayo de 2021, la comunidad indígena Misak derribó la estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada, ubicada en la plaza del Rosario de Bogotá. Este derribamiento lo preceden el derribamiento de la estatua del conquistador español Sebastián de Belálcazar, en septiembre del año 2020, en el cerro de Tulcán, Cauca, antiguo lugar sagrado ancestral; y el posterior

derribamiento de la estatua del mismo conquistador y fundador de la ciudad de Cali, en la misma ciudad, el pasado mes de abril del año 2021. Y mientras estos derribamientos sucedían por los hijos del agua (Misak) en un trayecto realizado desde el suroccidente colombiano hacia el centro del país, en la ciudad de Cali, mas exactamente en Puerto Rellena, hoy re-nombrado Puerto Resistencia, se erigía el monumento a la resistencia de manera autogestiva con las manos del pueblo, con obreros, jóvenes de Primera Línea, madres solteras; madres del sector preparando los alimentos y muchas otras personas que ayudaron con donaciones⁹. Ambos, gestos de levantamientos, de re-unión que de forma simultánea tumban y erigen, son ritos de los gritos acallados por siglos que, al emerger, no solo re-unen las gentes del hoy, sino las de ayer y mañana, las gentes del mundo, incluso las gentes no humanas, los ríos y las multiespecies, pero también y con mucho dolor, reúnen las gentes asesinadas, muertas, desaparecidas, violentadas, suspendidas en la falla más cruel de este presente continuo de más de setenta años de violencia en Colombia: la indiferencia. Estos gestos como tantos otros habitando las calles, son voz, son gritos que encarnan tiempos y espacios remotos.

Todo grito se acuerda de lo que lo hace gritar, pero sobre todo, todo grito sale por la boca y se devuelve por la oreja, y no solo por la oreja de quien grita, sino que se le mete a la oreja de la indolencia que no puede taparse las orejas pues los oídos no tienen párpados. Estos gestos son entonces preguntas inevitables que hacen presencia e interrogan, nos interrogan fuertemente; nos pregunta: ¿si estamos dispuestos a continuar los siglos de silencio, de violencia y dominación que se han perpetuado a través del sistema colonial, racista, clasista, patriarcal y hoy más que nunca, cómplice de la necropolítica neoliberal? Nos preguntan: ¿si estamos dispuestos a que el desprecio siga marcando los cuerpos, los más vulnerados y negados por el mismo sistema colonial? Hemos visto cómo las castas, “la gente de bien” se incomodan; incluso, vimos como funcionarios públicos a cargo de lo cultural, antes de pensar en lo que hay detrás de esto gestos, criminalizaron los actos sin abrir el lugar de la pregunta. La pasada ministra y el pasado ministro de cultura, pues ya vamos en la tercera al cargo, *solo pueden ver pues están ausentes de la mirada*, los “estragos vandálicos que se ejercen contra el patrimonio cultural”. La comunidad

⁹ Al respecto ver <http://hechoencali.com/portal/index.php/fotoreportajes/7083-el-monumento-a-la-resistencia-de-cali>

Misak viene desde el sur occidente de Colombia, desde el Cauca, tierra de siglos de resistencia, hasta el centro de la ciudad de Bogotá, centro del poder colonial del estado colombiano y derriba el monumento de Gonzalo Jiménez de Quesada en medio de las movilizaciones; no para erigir un nuevo monumento, no para sustituir la estatua del colono por la del indígena; sino para hacernos una pregunta a nosotrxs los que habitamos este territorio muisca: nos pregunta por la memoria de nuestro territorio. Tumbiar el monumento, es habilitar nuevamente la pregunta por lo que nos reúne. Tumbiar el monumento es habilitar el espacio vacío, para que algo retumbe; tumbiar el monumento es como tumbarse en el piso y abandonar el automatismo histórico del cuerpo para darle lugar a las fuerzas y los apoyos que perviven en nuestra memoria. Tumbiar el monumento, es sobretudo desmonumentalizar la memoria y activarla desde los pro-movimientos del vínculo. Mario Rufer, historiador argentino, residente en México e investigador sobre el patrimonio, el archivo y la memoria pública, me ha permitido pensar en las narrativas de la memoria que han atravesado el sistema colonial colombiano que sostiene el andamiaje de las políticas públicas culturales en Colombia¹⁰, y que me permito traer de vuelta a esta reflexión a propósito del gesto del derribamiento de la comunidad Misak. Rufer distingue cuatro fuerzas narrativas en los procesos museográficos de México, piénsese en los museos de tradición, los etnográficos o comunitarios:

Pienso seriamente que un museo de tradición, o etnográfico o comunitario, puede responder hoy a cuatro fuerzas narrativas: la épica, el monumento, la reliquia o la memoria. En la primera, un relato cerrado impide la reformulación, la intervención temporal y la experiencia subjetiva (podríamos decir que es la narrativa de la conquista en el Museo Nacional de Antropología). La segunda erige las glorias muertas que se reifican como “antepasado”, pero sin explicar el proceso que las mató (es la narrativa arqueológica en el mismo museo). La tercera sí es una novedad más reciente como discurso de diversidad: es una narrativa que expone a la cultura diferente como un *testigo vivo* de la pluralidad nacional. Al hacerlo, ensalza la “belleza” de esa pluralidad. Sin embargo, la narrativa de la reliquia deja dos cosas intactas: por un lado, el silencio sobre la jerarquía y la racialización de ese objeto-cultura que viene de otro tiempo, con una belleza que se sostiene sólo en el marco de la vitrina y de la asepsia. Por otro lado, deja también incólume la

¹⁰ Al respecto ver Orozco, Natalia, *Enredada en una corpo-escritura oralidad ante la liturgia neoliberal* en “La danza en tiempos de crisis y re(ex)istencia / Hayde Lachino, Lúcia Matos, Editoras. -Ciudad de México: Difusión Cultural UNAM - Dirección de Danza. 2021, XXI, 9.5 Mb; 17 X 23 cm. -- Serie: Composiciones para el disenso: perspectivas iberoamericanas para la danza, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2021.

sutura del poder: como dijimos, la reliquia sólo existe cuando una autoridad dicta la *religio*, el vínculo. Esa autoridad sigue siendo el estado que al embellecer actúa y al nombrar, como en toda la historia, conquista y extiende soberanía.

La cuarta, la narrativa de memoria es, al menos en el caso mexicano, una posibilidad, un horizonte. El soporte del museo-entorno comunitario para establecer conexiones subversivas, dimensiones políticas a los discursos más extendidos sobre patrimonio. No puedo asegurar que la nueva museología haya impactado en formas alternas de construir la historia local a partir de narrativas comunitarias. Pero evidentemente los espacios comunitarios sí son cruciales para alterar el relato de lo mismo, sembrar la duda, construir el suplemento dialógico de la narrativa fuerte del estado-nación (incluso en su vertiente multicultural). (Rufer, 2018, p. 164).

Estos dos levantamientos, el derribamiento del monumento patrimonial, como la construcción colectiva del monumento a la resistencia, alteran el relato de lo mismo, generan conexiones subversivas, desestabilizan nuestras propias historias y geografías y permiten que la política de re-unión, tenga lugar como un modo de habilitar el conflicto sin acabar con el contrincante, pues la memoria es un territorio de disputa, como lo es también el cuerpo. Pero es justamente en el rito, donde la memoria se incorpora y los cuerpos manifiestan su diferencia pero para dar algo a cambio de lo recibido por el o la otrx. El grito que se hace rito, se sabe parte de... se siente escuchado y puede escuchar el clamor del otrx. El rito habilita el tiempo del vínculo, donde los tiempos de la noche no anulan los del día, donde la luna se esconde para que salga el sol, donde las voces marcan la diferencia de lo que se habla, las músicas canalizan las fuerzas diversas del mundo y los cuerpos se entregan al baile hasta que el agotamiento los *tumbe*. En los trances del baile se comprende sin palabras que es necesario caerse, tumbarse para volver a levantarse, pero sobre todo se comprende que cada uno se hace cargo de su caída y su levantada bajo el arropaje protector de lxs otrxs.... cuanta falta nos hace el tiempo que no produce nada, el tiempo que se hace cómplice de la ebullición del saber que sabe, que habilita un saber incorporado, que se vuelve sabor. Ese saber que avanza *conversandito* y deja cocinar las diferencias, las múltiples voces que contiene el grito actual de esta Colombia dolida.

La olla comunitaria, la cocina en medio de los puntos múltiples de resistencia en las movilizaciones actuales en Colombia, son formas políticas de *arropar* el presente, de *sostener* la vida ante la violencia de la fuerza pública y del hambre que padecen hoy más de siete millones de personas, entre las que se encuentran sobre todo, niñas, niños, niñas y adultxs mayores. La

olla comunitaria invierte el orden neoliberal de las zonas urbanas, pasando lo doméstico, privado a la calle para sanar el hambre del confinamiento y la desigualdad histórica; pero sobretodo, para acentuar las formas de *compartencia* que pueblos negros, indígenas por siglos han sostenido como actos de resistencia, en contra de las dinámicas de competitividad tan incorporadas en los ordenamientos urbanos, en las lógicas autosuficientes de la economía neoliberal. La olla comunitaria es pateada ahora por la fuerza pública, es violentada apagando la leña, echando sustancias que hacen imposible comerse la comida. Se impide lo que más desprecia la fuerza neoliberal de los Estados actuales: el vínculo, la solidaridad; aquella que desmonta el relato de la autosuficiencia blanca, adulta y masculina occidental encarnada en la figura de Tarzan y hoy amplificada en los canales privados de las castas coloniales a través de los reallitys de sobrevivencia. Hoy la solidaridad se criminaliza en la calles pateando la ollas. No obstante, la olla sigue saliendo bajo las manos de las mujeres que saben que *la olla sabe*, en el doble sentido de su fuerza epistemológica. Preparar la comida para enfrentar el hambre, primero; para sostener las conversaciones difíciles, segundo; para arrojar de solidaridad el presente, tercero; para traer la fuerza ancestral y cocinar con la memoria, cuarto:

Hoy domingo, hay tres ollas en la parte baja de Siloé, en la Glorieta. Pero en la ladera sólo está la que doña Karol, su hijo y sus amigos llevaron: no hay garantías en la parte alta. En la zona han resurgido conflictos entre pandillas y fronteras invisibles durante las últimas semanas.

A todo el que pasa le preguntan “¿Va a almorzar?”. Doña Karol y Steven, su hijo, estudiaron gastronomía. Viven en el barrio Tierrablanca, parte alta de Siloé, y cocinan para los vecinos del sector desde 2012, cuando crearon la Corporación Sentenario 06 que tiene varios programas sociales, entre ellos un comedor comunitario que funciona de lunes a viernes. Madre e hijo conciben el cuidado y el servicio como su proyecto de vida...

Eloisa, Ana María y Nancy son parte del comité afro de la comuna 10 e integran la colectiva *Mujeres sin miedo*, creada el 28 de noviembre de 2020. Se organizaron junto con otras lideresas para pensar estrategias de cuidado ante la violencia doméstica que estalló en sus barrios durante la pandemia.

Desde que inició el Paro se mueven las tres, con sus bastones de mando y palos de agua, a diferentes espacios de movilización y encuentro. Crean, como otras colectivas, que su presencia en los puntos de resistencia es una garantía de paz y no agresión. “Nosotras cuidamos la vida y nuestra gran preocupación son todas las vidas de jóvenes que se están perdiendo”, dice Eloisa. Ellas también le apostaron al proyecto de las ollas comunitarias en su zona. Ahora lo replican en diferentes puntos del Paro. La pandemia fue el primer impulso: “un día nos tocó decir ‘bueno, o nos quedamos aquí encerradas o hacemos algo para que nuestra comunidad no vaya a sufrir’”,

cuenta Ana María. “A riesgo de nuestra propia salud, salimos a gestionar donaciones, recoger alimentos, cocinar y llevarle comida a algunas personas”.

Para ellas la olla es una acción de resistencia paralela a la primera línea y una manera política de hacer presencia en el espacio público. Pero sobre todo, una tradición de sus ancestras que han revitalizado acá en la ciudad. Para Nancy la cocina es un sistema político que arropa, une y permite sostener conversaciones difíciles.

Recuerda que en la casa de su abuela la cocina era abierta y de madera. Había una azotea, los fogones eran altos y tenían unas barbacoas para asar las carnes con el humo. “Mientras la abuela iba cocinando con las tías, los demás, alrededor, íbamos conversandito, conversandito”¹¹.

El relato anterior generado por el colectivo *Manifiesta*, el cual le apuesta a construir una mirada descentralizada e interseccional a la información como herramienta social pedagógica y dispositivo de acción contra la desigualdad global, pone a su vez en el centro de la olla, las hegemonías epistemológicas occidentales en nuestros territorios que ha negado y marcado como no-saberes o, en el mejor de los casos, como saberes locales y periféricos a aquellos conocimientos exiliados de producción y circulación académica. Resonando con la amplificación de las epistemologías del sur, a partir de los sabores como diálogo de saberes que hace la antropóloga María Paula Meneses en torno a la construcción periférica del saber en Africa, en las última décadas, estos procesos como el *conversandito* del relato anterior, han empezado a cuestionar las estructuras coloniales del saber y hoy el lugar del saber, del ser y del *poder de hacer* toma lugar a partir de la experiencia propia que desafían la centralidad y legitimidad del conocimiento moderno:

La creación de la alteridad como espacio/tiempo anterior, donde circulaban saberes inferiores, fue el contrapunto de la exigencia colonial de llevar la civilización y la sabiduría a pueblos que vivían supuestamente en las tinieblas de la ignorancia. Esta estructuración jerárquica se encuentra en la base de la relación de poder-saber del pensamiento científico moderno, relación que opera a través de la imposición de un pensamiento abismal (Santos, 2007). Esta línea aunque invisible, se sentía de forma contundente por quienes habitaban los “otros” espacios, coloniales, de la tradición, de los primitivos, por quienes estaban del “otro” lado. Las realidades que ocurrían en el espacio colonial no se regían por las normas, los conocimientos y las técnicas aceptadas en el viejo mundo civilizado. Con un golpe mágico de poder, los conocimientos y las experiencias existentes del otro lado de la líneas se transformaron en saberes locales, tradicionales, circunscritos y periféricos. (Meneses, 2016, p. 16)

¹¹ Tomado de <https://manifiesta.org/cartografia-violeta-la-union-entre-mujeres-sigue-resistiendo-en-cali/?fbclid=IwAR3HcbV0Z9J7ND22ptCw7KZRkJSWwtQ-l5Ddepr860ikLv8tWrJsuFBEBt8>.

Las ollas comunitarias durante las movilizaciones han estado en diferentes ciudades del país. En Cali principalmente, pero así también en Bogotá, Bucaramanga, Pereira, ciudades en la que las movilizaciones han aguantado a la cruda represión estatal y, en las que el hambre se ha acrecentado de manera violenta durante la pandemia. Quisiera volver nuevamente a la agresión contra la olla comunitaria, especialmente en Cali, una ciudad que ha sido fuertemente violentada tanto por la represión estatal como por cierto sector de la ciudadanía que ha tomado por sus propias manos el uso de las armas y en la que han ocurrido el mayor número de homicidios durante las movilizaciones en el país. El Valle de Cauca es el departamento donde se concentra la mayor cantidad de la población negra afrocolombiana del país (el 26% de la población negra afrocolombiana), siendo Cali, su capital, la zona urbana en Colombia con el mayor número de habitantes pertenecientes a las comunidades negras afrocolombianas¹². En la zona oriental de la ciudad, se asientan las personas, familias y comunidades negras que han sido desplazadas de sus lugares de origen (rural) por el conflicto armado, migrando a la ciudad, a Cali en búsqueda de oportunidades para vivir, estudiar, trabajar, habitar. No obstante, la zona oriental de Cali está atravesada por los conflictos sociales que se desprenden de la ausencia de garantías sociales estatales que permitan generar oportunidades de salud, estudio y trabajo para las comunidades desplazadas y donde las lógicas del microtráfico, el narcotráfico instalan controles y represiones sociales propias de un territorio ausente de estado y de política de bienestar. Los mayores índices de mortalidad en la ciudad de Cali son primero, la muerte por hipertensión y segundo, por homicidio. Ambas causas afectan de forma directa a la población negra de la ciudad. Y actualmente, Cali ha sido el epicentro de los homicidios generados por fuerzas para-estatales en complicidad con las fuerzas del estado. Este panorama, hace evidente el racismo que actualmente atraviesa a las fuerzas represivas del estado en contra del derecho a la protesta en el país. Y con ello, se devela con mayor claridad que el racismo ha sido una forma de administración poblacional. No es una casualidad que los dos índices mayores de mortalidad en Cali sean las dos causas de muerte de la población negra de la ciudad. Una especie de jerarquía racial y de clase administra el espacio de la ciudad, la muerte, la enfermedad y los derechos. Pero es

¹² La población censada al año 2020 de la ciudad de Cali es de 2'496.442. Para mayor información poblacional sobre la ciudad de Cali ver: <https://www.dane.gov.co/files/censo2018/informacion-tecnica/presentaciones-territorio/190711-CNPV-presentacion-valle.pdf>

también visible, audible y gustativo que lo cultural es la forma en que las comunidades negras habitantes de la ciudad de Cali, resisten y hacen presencia en la ciudad, agrietando las fronteras establecidas históricamente en el transcurrir colonial de nuestro territorio colombiano. Y entonces es posible reconocer a la olla comunitaria como un rito de re-union en el que el sabor y el saber posibilitan otra reconfiguración del espacio de la ciudad, de la vida y el derecho a su dignidad. En el límite entre el oriente y el sur de la ciudad¹³ es donde se ha erigido *Puerto Resistencia* y donde la olla comunitaria se vuelve un contra gesto de lucha ante la organización occidental y moderna de la vida social en la que la realidad se divide radicalmente entre las zonas humanas y las zonas subhumanas; entre el universo *de esta lado de la línea* y el universo *del otro lado de la línea*¹⁴. La olla comunitaria soportada sobre todo por los saberes de la cocina colombiana, emerge como una ecología del saber que derriba estos monumentos invisibles erigidos desde la colonia en los diferentes territorios colombianos que, como lo afirma Santos, *proclaman la civilidad legal y política de un lado de la línea a costa de la existencia de una completa incivilidad del otro lado de la línea*. La olla comunitaria, por el contrario, es un acto de agrietamiento de la administración colonial que ha decidido qué cuerpos merecen la vida y qué cuerpos la muerte. La olla, su misma forma circular rompe con la línea divisoria de lo humano y lo subhumano. Habilita la re-uni6n de la diversidad. Siguiendo a Meneses, la operaci6n del poder pol3tico colonial hist6ricamente ha atacado las zonas de mayor diversidad cultural, para instalar el dispositivo hegem6nico de la neutralidad como herramienta de control. Meneses al respecto del territorio Africano afirma que:

¹³ El sur de la ciudad de Cali ha sido una zona antagonista de este presente, pues ha sido el lugar en el que algunxs de sus habitantes salieron primero a “defenderse” con armas de fuego de las manifestaciones pacíficas y desarmadas lideradas por la juventud caleña y por las comunidades indígenas del Cauca que fueron fuertemente atacadas y, que posteriormente salieron con camisas blancas a protestar en contra de la violencia que azotaba a la ciudad...

¹⁴ “El pensamiento occidental moderno es un pensamiento abismal. Éste consiste en un sistema de distinciones visibles e invisibles, las invisibles constituyen el fundamento de las visibles. Las distinciones invisibles son establecidas a través de líneas radicales que dividen la realidad social en dos universos, el universo de “este lado de la línea” y el universo del “otro lado de la línea”. La divisi6n es tal que “el otro lado de la línea” desaparece como realidad, se convierte en no existente, y de hecho es producido como no-existente. no-existente significa no existir en ninguna forma relevante o comprensible de ser. Lo que es producido como no-existente es radicalmente excluido porque se encuentra más allá del universo de lo que la concepci6n aceptada de inclusi6n considera es su otro”. Santos, 2009, p.160)

El resultado de la apropiación política, económica y científica del continente africano por la máquina colonial moderna, de la cual es ejemplo Mozambique, se fundamentó en la negación del reconocimiento de la diversidad que el concepto “África” esconde y olvida. (Meneses, 2016,p. 16).

La olla en este sentido, es un rito de la diferencia, en la que no se homogeneiza o neutraliza la palabra, los cuerpos, los saberes, sino que va sucediendo la escucha de lo diferente, se va cocinando en el tiempo otro del *conversandito* que se hace con unxs y con otrxs, al mismo tiempo. Que le da tiempo a los silencios que saben, degustan y digieren la diferencia del otrx; que parten del principio vital y visceral de todo pensar: y es que para escuchar, para saber del otrx, para sentipensar, es necesaria una barriga llena y un corazón contento. Un co-razón colectivo, estremecido y al mismo tiempo, abierto a dar/recibir de cada boca(do) el saber que se hace sabor ...

Gri(e)ta: habitando escenarios para el estremecimiento

En marzo del presente año re-iniciaba *artividades* en el proyecto del cual soy parte desde el año 2020 de la Universidad Nacional de Colombia llamado Crea-lo otros mundos posibles en la U.N. Crea-lo desde sus inicios, siendo parte de la División de Cultura, no integrado a ningún programa curricular, sino al departamento de bienestar de la universidad, se ha propuesto generar un espacio de agencia artística, cultural y social dentro de la universidad a partir de cuatro líneas fuerza como lo son el terreno de las migraciones, las disidencias, las ecologías y los futuros. Desde un principio Crea-lo se ha configurado para la comunidad universitaria, especialmente para lxs estudiantes que hacen parte del programa nacional “Ser pilo paga” creado en el año 2014 y actualmente en procesos de transición¹⁵. Crea-lo esta conformado hoy por 48 estudiantes de diferentes territorios geográficos del país, de diferentes intereses epistemológicos (saberes

¹⁵ “Ser pilo paga” es un programa adoptado por el gobierno nacional consistente en la generación de ayudas económicas a estudiantes que tiene un potencial académico sobresaliente, que deseen estudiar pero que por la falta de recursos económicos o por las barreras impuestas por las universidades no han podido acceder a estas. Al igual que el derecho cultural, el derecho a la educación se ha concebido desde una concepción meritocrática en un país profundamente desigual. Razón por la cual el programa aunque ha permitido el acceso a jóvenes del país que de otra manera no tendrían posibilidad de hacerlo, es un programa que no resuelve la brecha social histórica sobre la cual se ha creado la línea abismal entre lxs que tiene acceso a la educación y lxs que no. Aunque este sea un tema que atraviesa de manera profunda el grito del presente escrito, la gri(e)ta que por el momento deseo señalar es lo que el proyecto Crea-lo ha permitido sentipensar en este presente dolido pero arropado de resistencia y de formas fabuladoras de re-existencia.

experienciales y disciplinas académicas), con diferentes situaciones sociales (historias de vida atravesadas por las violencias estructurales de este país: desigualdad, desplazamiento, conflicto armado) y con universos sensibles y culturales particulares. Su accionar ha estado marcado por la coyuntura de la virtualidad como consecuencia de la pandemia, asunto que nos ha retado a pensar/hacer desde la no presencialidad y a insistir en formas sensibles del vínculo, atravesadas por la incertidumbre, la constante movilidad del presente y la dolida situación colombiana que el grito de este escrito ha intentando vociferar. Crea-lo, lo comprendo como un proyecto que *va siendo*. Su estructura porosa, esponjosa, se alimenta de la existencia de quienes habitamos su devenir. Por ello, la pregunta por el cómo, por el medio, por el modo, mantiene vivo en cada momento sus posibles rutas y direcciones. Este año, el estallido social ha habitado los poros del proyecto; desde allí hemos transitado interrogándonos por *las temporalidades* que hacen posible estar en medio de tanta movilidad; pero también, que hacen posible concebir el tiempo y, por lo tanto al espacio, más sincronizados al bios, al día y a la noche, a los pulsos de la mañana, la tarde y la noche; a la duración de un día, de una semana, un mes, un año. Esta interrogación nos ha descolocado y allí, seguramente hemos errado. Pero allí también, hemos aprendido juntxs que los modos tienen que ver con los usos del tiempo y estos con las transformaciones profundas de lo social. Re-unirnos para configurar un gesto es reunirnos para transfigurar las jerarquizaciones temporales que se imponen en un mundo atravesado por el consumo y desenmarcar el *poder de hacer* de la visión antropocéntrica de un tiempo instrumentalizado por el mandato de la productividad.¹⁶ *La praxis de una política somática*, de una atenta escucha a las configuraciones de nuestros cuerpos situados, atravesados por relatos deliberada o, involuntariamente encarnados, se ha convertido en un ejercicio constante de experimentación atravesado de las complejidades que implica sostener este impulso desde la virtualidad. Pero también, atravesado

¹⁶ “La construcción de la economía capitalista necesita de la unidad de análisis dinero para reproducirse. La sociedad del buen vivir -hemos sugerido a lo largo de estas páginas- necesita del tiempo/vida como variable focal para configurarse. Es por eso que es necesario no solo construir un aparataje teórico-político que lo sustente sino también metodológico-empírico. De hecho, se pudo evidenciar que el solo hecho de usar como unidad de análisis el tiempo y no el dinero no solo que permite describir el mismo momento histórico desde otro prisma (desde otra mirada), sino que esta nueva narrativa conduciría a proponer alternativas de intervención social ligadas al objetivo común del *sumak kawsay*”. (Ramírez, 2018, p. 12).

por la complejidad que significa atender a las operaciones del cuerpo, que están más cerca a las configuraciones de lo latente (lo que late), del rastro, de lo nomáda que a las de la claridad, lo fijo y demarcado. Y entonces las provocaciones de un pensar visceral, de un sentipensar la urgencia del presente, han atravesado el cauce del grito, el g-rito y la gri(e)ta de donde se desprende este esc-rito. Transitar por los tejidos y destejidos del proyecto Crea-lo me permiten concebir el lugar de la grieta por donde el grito encuentra aire y se puede hacer rito, espacio de vínculo, de memoria y fabulación. Las líneas fuerza, migraciones, disidencias, ecologías y futuros, nos han permitido vérnolas con posibles modos de agrietar, arañar los muros que diariamente demarcan la línea, la frontera que separa a lxs que se encuentran de esta lado de la línea de los que están del otro lado de la línea. Interrogar desde el gesto nuestros automatismos, los que atraviesan nuestros cuerpos, nuestro modos de hablar, nuestros modos de hacer, ha sido el quehacer del proyecto. Y allí el grito, g-rito y la gri(e)ta se nos ha presentado como una invocación metodológica para transitar y dejar transitar el problema; para darle lugar a las ausencias y las emergencias que nos constituyen; para crear/pensar/hacer con las urgencias del presente, atendiendo a los relatos hegemónicos aprendidos, provocando el lugar del gesto como una ecología de las prácticas y habitación para las fabulaciones comunales de los futuros. Allí la presencia de lo múltiple es lo que nos permite “seguir con el problema”, darle lugar a una reflexión (in)corporada, sensible y colectiva. Crea-lo tiene el potencial, si es que ya no lo es, de ser una fisura, una rendija, una grieta por la cual con-figurar, proto-figurar otros mundos posibles, no solo en la U.N sino en el día a día de los territorios que habitamos y con-vocar los g-ritos que en la calle se han producido como gritos de cambio y transformación. La olla comunitaria, los derribamientos, la construcción colectiva de Puerto Resistencia son gestos de los levantamientos sociales que en medio del dolor, de la muerte, habilitan el sueño de *un poder de hacer* nuevo, genuino y colectivo.

El Covid 19 ha demandado cuidar nuestro sistema inmune; pero el presente político del país exigió como nunca antes, la activación del sistema nervioso para gritar largo, fuerte y sobre todo colectivamente en contra del proceder histórico que ha configurado una política de muerte y exclusión para la gran mayoría de colombianos. Este grito extendido de múltiples formas ha configurado un cuerpo social estremecido. Samuel Beckett a propósito de su pieza para

televisión *Not I*, afirmaba que cada vez que había un boca abierta, había un cuerpo estremecido. Sebastián Ramírez Monsalve¹⁷ ha puesto en su tinta, la boca abierta que hoy es Colombia: un cuerpo colectivo estremecido por la muerte, la indolencia estatal y la ausencia de escucha; pero así mismo, un cuerpo colectivo que se levanta con las fuerzas de las juventudes para detener el automatismo de la indiferencia y poner en movimiento, no solo los otros relatos que deben ser escuchados para la configuración de un país plural y respetuoso de la diferencia, sino los otros modos de relatar, los otros saberes que están pendientes por ser reconocidos e integrados al *poder de hacer*. Esta geografía estremecida, con la boca abierta, interroga por los vínculos perdido entre el saber con el territorio, enterrados por el relato hegemónico colonial, y hoy refundidos en las autopistas de la globalización; una boca abierta, colmada de hambre, pero también de decires sentipensantes, única arma para fabular futuros próximos. Una boca que proclama emancipaciones de carne y hueso, pequeñas, del día a día, del paso a paso, cercanas; emancipaciones que deben atravesar la casa, el barrio, la comunidad, la ciudad, el estado, etc, alejadas de aquellos sueños y promesas de un futuro de felicidad configurado en las fantasías crediticias de la trama neoliberal. La imagen de Sebastián Ramírez retrata el grito de este territorio colombiano para inervar la vida, la que siente, la vida que se teje, la que es derecho de todos y no privilegio de pocos. El grito ha sabido retumbar en los diferentes rincones del norte y sur global, su fuerza, la potencia de sus pulmones, se ha hecho escuchar. Las calles, el espacio público han sido el escenario para que el grito se transforma en g-rito a través del canto, las ollas, las arengas, los derribamientos de estatuas, los grafitis, la danza, los tambores, Hoy no podemos hacer más que sostener dicho grito y hacerlo escuchar, darle sostén a su inervación en medio de la violencia estatal y el cinismo gubernamental que intenta acallar toda invocación de la vida. Allí no queda más que seguir arañando, haciendo gri(e)ta, no para pasar al otro lado de la línea sino, como la olla comunitaria, para re-unirnos alrededor, en círculo, forma ancestral olvidada y

¹⁷ Sebastian Ramirez Monsalve es estudiante de Diseño Gráfico de la Universidad Nacional de Colombia, con énfasis en diagramación y tipografía; sus principales intereses son el cartel político y social, la narración gráfica y el diseño e ilustración editorial. Actualmente hace parte del equipo gestor del proyecto Crea-lo, otros mundos posibles en la U.N y de la Dirección de Cultura de la misma universidad.

negada en la algorización¹⁸ de nuestras vidas. El estallido social nos sacó a las calles, le perdimos el miedo al contagio pues lo más urgente es dignificar la vida, más allá de la humana, y para ello es necesario agrietar, arañar lo que se ha corporificado con el relato de lo mismo.

Este texto se ha escrito como parte del proceso de estudios realizado en el Curso Internacional Epistemologías del Sur, organizado por CLACSO y liderado por el sociólogo Boaventura de Sousa Santos. Agradezco a María Paula Meneses y Karina Bidaseca por la dirección del curso, a Lior Zisman Zalis por su acompañamiento tutorías durante el curso y a todxs lxs profesores y profesoras que habilitaron la reflexión en clave de Sur desde las diversas temáticas y posiciones propuestas en cada sesión. Agradezco la sensibilidad y escucha de Sebastián Ramírez Monsalve, autor de la imagen resonante del presente escrito.

Este escrito se nutre de las inquietudes emergentes durante el curso y sobre todo, encarna la urgente necesidad de *hacer con otrxs* ante un presente y un territorio dolido. Muchas veces la impotencia interrumpió la escritura. Pero muchas otras, me agarré del hacer pensado y el pensar haciendo que la danza me ha procurado en esto que he nombrado como una praxis de la política somática.

Ofrendo este escrito a lxs jóvenes de Colombia, a las primeras líneas, a mi hija, a todxs los jóvenes que hacen parte del proyecto Crea-lo, a mis colegas gestores del proyecto, con quienes he tenido la fortuna de sentipensar el presente que arroja hoy nuestros cuerpos... gracias!

¹⁸ El corrector del computador no logra reconocer las palabras muisca, fabular, disenso, antropocentrismo, husmeante, entonces me pregunto: ¿cómo empezar a descolonizar el algoritmo? o ¿él en sí mismo es la encarnación de una nueva colonización?

Bibliografía

Bodensieck, Andrés Hernando (2021), “¡Hay hambre; siete millones de personas la padecen en Colombia” en <https://lasillavacia.com/historias/historias-silla-llena;/hay-hambre-7-millones-de-personas-la-padecen-en-colombia/>

Bohórquez, Angélica (2021), “Cartografía violenta: La unión entre mujeres sigue resistiendo en Cali” en <https://manifiesta.org/cartografia-violeta-la-union-entre-mujeres-sigue-resistiendo-en-cali/?fbclid=IwAR3HcbV0Z9J7ND22ptCw7KZRkJSWwtQ-l5Ddepr860ikLv8tWrJsuFBEbt8>

Común, Danza, (2021), *Campo muerto*, en https://www.youtube.com/watch?v=aXCqAM_wFfl

Cruz, Laura, (2021), “El monumento a la resistencia en Cali” en <http://hechoencali.com/portal/index.php/fotoreportajes/7083-el-monumento-a-la-resistencia-de-cali>

DANE (2019) Resultados Censo Nacional de población y vivienda 2018, Cali, Valle del Cauca en <https://www.dane.gov.co/files/censo2018/informacion-tecnica/presentaciones-territorio/190711-CNPV-presentacion-valle.pdf>

Dueñas, Martha (2012) *Cuando el cuerpo desaparece*. Colombia. Asociación Alambique-Idartes.

Didi-Huberman, George, (2020), *Desear Desobedecer, lo que nos levanta, I*, Madrid, Abada Editores.

Didi-Huberman, George (2008) “El gesto fantasma”. En *Revista de pensamiento Artístico Contemporáneo*, ISSN 1578-0910, No. 4. pp 280-291.

Indepaz (2021) Listado de las 74 víctimas de violencia comicial en el marco del Paro Nacional al 28 de junio en <http://www.indepaz.org.co/victimas-de-violencia-homicida-en-el-marco-del-paro-nacional/> víctimas del paro a junio

Márquez, Gabriel García (1970) *Cien años de soledad*. España, Círculo de lectores.

Meneses, María Paula (2016) “Ampliando las epistemologías del Sur a partir de los sabores: diálogos desde los saberes de la mujeres de Mozambique”. En *Revista Andaluza de*

Antropología. Número 10: Antropología y epistemologías del Sur: El reto de la descolonización de la producción del conocimiento, ISSN 2174-6796. Pp 10-28.

Molano, Alfredo (2005) *Desterrados, crónicas del desarraigo*, Colombia, Ediciones Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

Moreno Cardozo, Belén del Rocío. *Voz, inconsciente y función poética*. Texto inédito.

La tercera.com (2021), “Indígenas derriban más estatuas de conquistadores en Colombia” en <https://www.latercera.com/mundo/noticia/indigenas-derriban-mas-estatuas-de-conquistadores-en-colombia/AS4ZUAU5DRHPFDSN3SPIWNPPE/>

Orozco, Natalia, (2021) “Enredada en una corpo-escritura oralidad ante la liturgia neoliberal” en *La danza en tiempos de crisis y re(ex)istencia* / Hayde Lachino, Lúcia Matos, Editoras. -Ciudad de México: Difusión Cultural UNAM - Dirección de Danza. 2021, XXI, 9.5 Mb; 17 X 23 cm. -- Serie: Composiciones para el disenso: perspectivas iberoamericanas para la danza, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Orozco, Natalia, (2013) “Improvisar o qué ha podido pasar” En revista La Tadeo. No. 77 (Danza contemporánea).pp 79-84 en <https://revistas.utadeo.edu.co/index.php/RLT/article/view/320/319>

Ramírez, René (2018). “Ucronías para la vida buena”. Síntesis de la investigación: *La vida y el tiempo. Apuntes para una teoría ucrónica de la vida buena a partir de la historia reciente del Ecuador*, Coimbra: Centro de Estudios Sociales- Universidad de Coimbra, Portugal [por publicar].

Rufer, Mario. (Winter 2018). “La memoria como profanación y como pérdida: comunidad, patrimonio y museos en contextos poscoloniales”. En Revista *A Contra corriente, una revista de estudios latinoamericanos*. Vol. 15, Num. 2. pp. 149-166.

Sánchez, José A. (2017) *Cuerpos ajenos*. España, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Segato, Rita (2020), “Es un equivoco pensar que la distancia física no es una distancia social”, *La Nación*, disponible en <https://www.lanacion.com.ar/opinion/biografiarita-segato-es-un->

equivoco-pensar-que-la-distancia-fisica-no-es-una-distancia-social-nid2360208/?fbclid=IwAR0SFUJJ1wb9E5iEYRUa4Vb_O6YgFdXzh8U_LvmcF9b7Jv-FKQfR8KOoS80

Santos, Boaventura de Sousa (2009), *Una epistemología del Sur* (2009), México, CLACSO.

Santos, Boaventura de Sousa (2021), *Colombia en llamas, el fin del neoliberalismo será violento*, CLACSO, disponible en <https://www.clacso.org/colombia-en-llamas-el-fin-del-neoliberalismo-sera-violento/>

Soler, Colette (2013), “La fabricación del cuerpo”. En *El cuerpo del sujeto*. Bogotá: Gloria Gómez.

Temblores ONG e Infepaz (2021), *Informe a la CIDH* disponible en https://4ed5c6d6-a3c0-4a68-8191-92ab5d1ca365.filesusr.com/ugd/7bbd97_691330ba1e714daea53990b35ab351df.pdf

Walsh, Catherine (2020), “¿Interculturalidad y (de)colonialidad?” en *Pensar distinto, pensar de(s)colonial*, Fundación Editorial El perro y la rana, 1.a edición digital.